

---

---

# ii PIA !!

## I

Llamábase Pía la niña encantadora cuyos puros hechos voy a relatar en esta historia brevísima. Si recibió tal nombre por azar del almanaque, preciso es convenir en que acertó el acaso, porque había entre Pía y su nombre consonancia perfecta. No siempre corresponde la etiqueta al contenido del frasco. A veces, bajo título halagador, fermentan en cárceles de cristal brevajes inmundos o tósigos mortales, que trastornan el cerebro y corroen las entrañas; otras, empero, hay verdad en el anuncio, y al amparo de hermosos letreros ocúltanse perfumadas ambrosías que deleitan el paladar y regocijan el espíritu. Así pasa también con la etiqueta humana.

Pía era lo que su nombre indicaba: mansa, buena, llena de anhelos divinos y de santa confianza en lo ignoto y ultraterreno. Como viven las aves posadas en las

copas de los árboles, o en las torres de las iglesias, cuando no hienden el azul espacio y trazan líneas invisibles en la atmósfera; como va el céfiro siempre de paso, soplando por la tierra e impregnando las alas en el perfume de las flores; como duermen las nubes en la cumbre de la montaña, y flotan en la altura purísima por donde suben como el incienso: así moraba Pía en cimas ideales, atraída por el secreto imán de un sublime destino.

¿Por qué, cuando apenas comenzaba a balbutir las primeras palabras, fijaba ya las inocentes pupilas en las santas imágenes, como si la moviesen a ruego y adoración? ¿Por qué, cuando pequeña oraba todos los días con las manitas juntas en la actitud de los ángeles de Fray Angélico de Fiéssole? Nadie podría explicarlo, porque en aquella edad bendita en que no tenía idea de lo que era malo, no pedía perdón por las culpas que no había cometido, ni tenía que implorar ayuda para la lucha que aun no había principiado. Pero su inclinación natural llevábala a esas expansiones místicas, que fueron instintos de su infancia y arrobo y ensueño de todo el resto de su vida.

IAS,

ES.

el desarro-  
el hombre  
e todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

## II

Nada hay tan hermoso como una virgen el día de sus bodas. El albo traje que aprisiona su talle fino y gracioso, deslumbra los ojos y fascina el espíritu; la guirnalda de niveos azahares que corona su frente, es símbolo de sus pensamientos castos; el velo sutil que la envuelve, es figura del pudor que embarga sus tímidos movimientos de doncella. A través de la blanca gasa, vislúmbrense los suaves contornos de su rostro, las encendidas rosas de sus mejillas, la grana de sus labios, el marfil de sus dientes y el medroso fulgor de sus ojos, cual se distinguen la luz y el cintilar de las estrellas entre el tenue albor de las nubes. Son las desposadas sacras figuras; recuerdan a las diosas medio veladas de los antiguos misterios.

Así apareció Pía a los ojos de la multitud, el día en que dio a Alvaro la mano de esposa.

Mientras aquella pareja de predilectos de Dios se mantenía arrodillada, ante el altar, unida por el lazo emblemático que encadenaba sus cuellos, y en tanto que las notas de la marcha nupcial llenaban el templo de arrobadora armonía, soñaban los circunstantes con una dicha casta y única,

anhelo vivísimo y afán constante del corazón humano en este valle de lágrimas.

## III

No se concibe felicidad cumplida para los esposos, cuando Dios no les concede sucesión. Es tan poderoso el deseo de los que se aman, de ver sellado su cariño con el advenimiento de un sér complejo que tenga algo de ambos y reúna la naturaleza física y moral de uno y otro; es tan irresistible el afán de ver a su amor tomar cuerpo y hacerse carne, y adoptar, como todos los amores, la forma de un niño hermoso, que cuando Dios no les otorga esa dicha, estiman defraudadas sus esperanzas y se miran con pena y como avergonzados de sí mismos. Y llevan en el pecho un vacío que nada puede llenar y en el alma el despecho de una ilusión desvanecida.

Alvaro y Pía vieron satisfechos sus deseos con la venida al mundo de dos preciosas criaturas, Julio y Elena. Más que niños semejaban avecillas parleras que llenaban su hogar de trinos y gorjeos; así que pasaban los felices padres hora tras hora arrobados en la contemplación de sus hijos y cuando los miraban agitar las manitas y sonreír alegremente al espacio, como si tuviesen visiones del cielo, no se hu-

IAS,

ES.

el desarro-  
el hombre  
e todo en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

bieran cambiado por los reyes más poderosos de la tierra.

## IV

La máquina admirable de aquellos cuerpitos frágiles fuese desarrollando en virtud de ley misteriosa, que a la vez que alimentaba la vida, promovía el incremento de los órganos, encendía la luz en la inteligencia, en el cerebro y hacía brotar en el corazón la llama del sentimiento.

Pronto, muy pronto, como pasan las cosas de la vida, como pasa la misma vida, aquellas criaturas pequeñas, incapaces de voluntad y de pensamiento, fueron saliendo del sopor que las embargaba y despertaron a la existencia como extranjeros recién llegados a tierra desconocida.

Creció Julio bello de espíritu y de cuerpo. Tenía almita de artista; cantaba por propia inspiración con acento tan tierno, que causaba emoción escucharle, y era tan amante de la oración como los bienaventurados que cercan el trono del Todopoderoso. Entraba en los templos como si fuese a una fiesta, y elevaba a Dios el alma pensando y pidiendo quién sabe qué cosas luminosas y puras. Y causaba a modo de espanto mirar lo que hacía, porque se vislumbraba en el cerebro del niño un abismo

de ideas, sorprendente a su años. Elena igualmente era adorable. Timida y dulce como una corderilla, no tenía más afán que alhagar y querer a sus padres. Buscaba su calor a todas horas, por todas partes; llamábalos sin cesar, y no quería que se le apartasen un punto. Era tan cariñosa, que cuando no lograba besarles y acariciarles el rostro, acariciaba y besaba las manos o las ropas, con inefable devoción y ternura. Era la sombra de Pía; por donde ésta andaba, iba también ella, ambas en eterno coloquio. Volcaba Elena en sus pláticas el ánfora celestial de sus gracias e inocencias, y la madre iba formando poco a poco, y sin que se echase de ver, aquel tierno corazón, a imagen y semejanza del suyo, que era todo amor, pureza y plegaría.

Nada había más hermoso para Alvaro que hallar todos los días a los niños al volver del trabajo, apostados en el balcón, a manera de atalayas, para distinguirle de lejos. Al columbrarle, gritaban llenos de júbilo: "¡papá! ¡papacito!" y bajaban corriendo la escalera para encontrarle en la calle, y le abrazaban las rodillas, y se colgaban de las manos.

Y eran felices los esposos en medio de aquel paraíso, donde todo hablaba de paz.

IAS,

ES.

el desarro-  
el hombre  
e todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

amor y contento. Alvaro, embelesado, no se cansaba de repetir al oído de Pía y en presencia de los niños, aquellos hermosos versos de Lamartine, ligeramente parafraseados:

¡Son un rayo de sol en mi ventana,  
Una fiesta perpetua en mis hogares!

Y suspiraba volviendo los ojos al cielo, lleno de gratitud, porque su pensamiento era una constante acción de gracias al Todopoderoso.

Mas Pía llevaba en su corazón el torcedor de un pensamiento triste. En medio de su felicidad sentía pasar sombras fáticas por su mente.

—Somos dichosos, se decía; pero ¿si la muerte viene a destruir este cuadro tan bello?

Y sentía que se le helaba la sangre al solo pensarlo. Escapábase de entre su esposo y sus hijos y se refugiaba sollozando en su alcoba, donde se postraba de hinojos ante la imagen ensangrentada de Cristo, y le pedía gracia sin saber por qué, anonadada por un terror confuso. Pero sucedíale que al decir, rezando, las palabras "hágase tu voluntad", figurábasele que iba a perder a sus hijos y lloraba mucho y sin consuelo. No obstante, después

de lucha dolorosa, repetía desfallecida: "hágase tu voluntad!"

Una de tantas veces como dejó Pía a los suyos para irse a orar y gemir a su aposento, echólo de ver Alvaro y fuese tras ella para averiguar la causa de su ausencia. Hallóla arrodillada ante el Crucifijo, con las manos enclavijadas y bañada en lágrimas.

—¿Qué pasa?, interrogó alarmado.

—Nada, repuso ella; no me la preguntes, son locuras.

—Confíame tus penas porque quiero endulzarlas o partirlas contigo. Sabes que somos compañeros para la dicha y para la desdicha.

Resistió Pía largo tiempo hacerle aquella confidencia, porque no quería amargarle su felicidad; pero tanto rogó Alvaro y con tan finas y cariñosas instancias, que al fin tuvo que ceder y le contó cuáles eran sus íntimas congojas.

—¿No es más que esto? repuso el joven después de haberla escuchado. Pues no te atormentes, alma mía, porque nuestra dicha es purísima y agradable a Dios. En no la ha de conservar.

Pero Alvaro mismo, desde entonces, vio turbados sus mejores momentos por la angustia de esos mismos temores; y su-

!

JAS,

ES.

el desarro-  
el hombre  
e todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

cedía que, mientras él y ella estaban cogidos de la mano mirando a los niños desplegar el tesoro de sus gracias, caían en hondos abismos de tristeza y por una cruel irrisión de la suerte, sentían más grande la pena, a medida que su goce era más vivo.

## V

Un día enfermó el niño. No era nada una calentura pasajera; pero los padres se alarmaron como si hubiesen escuchado la voz lejana de la tempestad. Y sucedió que la calentura fue rebelde a toda medicina. Siguió su curso paso a paso, como el incendio que comienza por ser chispa y luego se convierte en llama y acaba por trocarse en tromba devastadora. Así aquella fiebre lenta fue aumentando en intensidad gradualmente, como si las drogas y los cuidados le hubiesen servido de combustible. Soportó el niño sin doblegarse la acometida de aquella dolencia, pero luego se fue extenuando rápidamente. Perdió su rostro los lozanos colores que antes ostentaba, brillaban sus ojos hermosísimos con el delirio de la fiebre, hundíendosele las antes redondas mejillas, y su boca pequeña tornósele lívida y sedienta, como la de un caminante del Sahara.

Pía no abrigó ni un momento la esperanza de salvar a Julio.

—¡Se muere, se muere!, decía llena de espanto.

Y se arrodillaba y besaba el polvo, pidiendo misericordia. Rogaba por la vida de su hijo; pero al tropezar en sus oraciones con la frase "hágase tu voluntad," trastornábasele la razón y no acertaba a terminar la plegaria. Incapaz en su aturdimiento de dar forma a las ideas y a los sentimientos que se agolpaban a su cerebro y a su corazón, acababa por abandonarse en manos de Dios, y repetía con el alma llena de angustia, pero confiada en la voluntad infinita: "¡hágase tu voluntad!"

—No sé pedir, decía para sí. Dios sabe lo que hace y lo que conviene. A pesar de mis dolores y de mi martirio, debe prevalecer su voluntad soberana. ¡Que sea lo que El quiera!...

Y al cabo expiró Julio, después de largos días de sufrimiento, con los ojos fijos en el cenit y murmurando frases misteriosas en que se juntaban la Virgen Santísima, los ángeles y sus padres, como si todos fuesen habitantes del mismo reino.

IAS,

ES.

el desarro-  
el hombre  
de todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906